



Anuario Internacional CIDOB 2005 edición 2006

Claves para interpretar la Política Exterior Española y las Relaciones Internacionales 2005

En el declive de la fase unipolar

Soli Özel,
profesor de Relaciones Internacionales
en la Universidad de Bilgi, Estambul

Bajo formas tanto esperadas como inesperadas, 2005 demostró sobradamente el acierto de la afirmación de Fred Halliday de que el nuevo orden internacional está reconfigurándose rápidamente. En su revisión anual para la edición 2004 de este *Anuario*, Halliday identificó unos procesos coyunturales y estructurales que, según él, marcaban el fin del interregno o de la era de la post-Guerra Fría. El ascenso de Asia prosiguió, igual que el deterioro medioambiental. La fase unipolar que un abrumadoramente poderoso Estados Unidos desperdició con su fracasada actuación en Irak fue dando lugar, gradualmente, a una vaga forma de multilateralismo.

Muchos científicos y ONG han puesto desde hace tiempo sobre aviso a la opinión pública internacional sobre el rumbo irreversible que está tomando el planeta en cuestiones medioambientales. Este año hubo suficientes señales que sugieren que finalmente se les empezó a prestar la atención que merecían. Muchos más especialistas empezaron a llamar la atención sobre esta cuestión, el volumen de la literatura sobre el tema aumentó y las lecciones de la propia vida empezaron a transformar la actitud de la opinión pública, que pasó de una indiferencia apática a ser consciente de la urgencia del problema. También este año estuvo marcado por golpes catastróficos de la naturaleza, por más que la suma total de éstos no ha alcanzado el nivel de destrucción provocado por el tsunami del año pasado. Inundaciones, sequías y huracanes cada vez más fre-

cuentes causaron daños considerables a la vida y a la propiedad e hicieron saltar las alarmas sobre el problema medioambiental. El hecho de que el año pasado haya sido el más caluroso de la era reciente hizo patente la urgencia de la cuestión en un mundo que está agotando rápidamente sus acuíferos. El terremoto que golpeó sobre todo a la parte de Cachemira administrada por Pakistán y que acabó con alrededor de 30.000 vidas, dejando a un millón de personas sin hogar, resultó terriblemente costoso para los empobrecidos habitantes de la región. La inaccesibilidad de la región y los poco entusiastas esfuerzos para prestar ayuda de la comunidad internacional, incluyendo a los ricos estados musulmanes, los volvieron completamente vulnerables a las duras condiciones meteorológicas.

El sistema internacional sigue en el proceso de encontrar su marco y sus reglas, así como sus nuevos equilibrios globales y regionales, cinco años después de los ataques del 11 de septiembre. Las organizaciones multilaterales, así como los estados, están intentando definir sus nuevos papeles en el desorden prevaiente. En este sentido el 11 de septiembre fue, sin duda, un punto de inflexión. Fue, ante todo, un ataque contra el sistema de estados por parte de un actor no estatal. La magnitud de dicho desafío engendró una reacción común que se manifestó en la amplitud e intensidad del apoyo que Estados Unidos recibió del mundo. Esta reacción también constituyó una reafirmación de la primacía de los estados en la política mundial. Al mismo tiempo, evidenció el deseo de recuperar el terreno perdido ante los actores no estatales en el apogeo de la globalización y en ausencia de un nuevo sistema de orden.

Las decisiones tomadas por Washington tras la guerra contra los talibanes de Afganistán rompieron esta unidad inicial. Las acciones estadounidenses despertaron reacciones y, en la medida de lo posible, actos de subversión hacia las políticas de EEUU, tanto por parte de amigos como de enemigos. A otro nivel, los ataques del 11 de septiembre fueron claramente el resultado de corrientes transnacionales y de las capacidades organizativas de actores no estatales. La manifestación política de esas tendencias fue facilitada por las revoluciones tecnológicas en finanzas, comunicaciones, transportes e información. En otras palabras, el 11 de septiembre y Al Qaeda, así como la ideología a la que suscribió la organización, fueron unos resultados quintaesenciales, aunque macabros, de la globalización y de algunas de las fuerzas que ésta liberó. Esta es, al menos en parte, la era de los movimientos sociales transnacionales.

Al valorar los acontecimientos políticos mundiales que transcurrieron en 2005, uno debe tener en mente, por lo tanto, la tensión entre las vicisitudes de la globalización y los imperativos de los estados-naciones. Estos últimos siguieron luchando con los resultados de la globalización y por momentos libraron una acción de retaguardia contra las fuerzas transnacionales,

sobre todo en el ámbito de la economía. En la medida en que este año ha sido testigo del precipitado declive de la voluntad unilateralista estadounidense y de una erosión aún más rápida de su capacidad de configurar los acontecimientos, los claroscuros de un mundo multipolar se hicieron visibles. Mostrados no sólo por el ascenso de China y de India y del retorno de Rusia a la política de las grandes potencias sino también por la obstinada posición de Irán o de Venezuela, la política centrada en el Estado-nación estaba en pleno auge. En todos los casos, los actores estatales buscaron opciones y alineamientos que les permitieran posicionarse provechosamente ante una eventual redistribución del poder a escala global.

De manera similar, las fuerzas y las corrientes transnacionales han estado funcionando, desafiando incansablemente el orden establecido de las cosas. Las presiones de la globalización desataron oleadas de reacciones alrededor del globo contra toda una gama de acontecimientos. Estas reacciones se manifestaron en forma de protestas tanto violentas como no violentas y en movimientos políticos tanto laicos como no laicos. Con la tesis, de la que se hizo uso y abuso, del “choque de civilizaciones”, los militantes de políticas extremistas encontraron una manera conveniente de alimentar prejuicios y de fomentar la polarización. El movimiento *yihadista*, con su culto a la violencia y sus seguidores/imitadores locales, prácticamente secuestró no sólo a todos los movimientos islamistas sino también a las comunidades musulmanas de todo el mundo. Las reacciones engendradas por la violencia de los *yihadistas* y los fundamentalistas alimentaron, a su vez, las llamas de la xenofobia racista, particularmente en algunos países europeos.

En Oriente Medio, la permanente desorganización de las establecidas estructuras de poder sectarias y étnicas, provocada por la guerra de Irak, siguió conmocionando a toda la región. Estos importantes cambios desencadenados por la guerra amenazaron cada vez más al statu quo. La amenaza estuvo dirigida tanto a la geografía política de la región, diseñada hace unos 85 años por los intereses imperiales, como al equilibrio de poder entre las diferentes comunidades. En conjunción con la pérdida de control de los regímenes autocráticos sobre sus poblaciones, esta nueva realidad pronosticó el ascenso de la política islámica en toda la región. En otras palabras, ya sea a través de medios democráticos o no, los acontecimientos del año sugirieron un futuro no laico para la política del Oriente Medio árabe, especialmente en el Mashreq. En el conflicto abierto más antiguo del mundo, el que enfrenta a los israelíes con los palestinos, tuvieron lugar importantes novedades y con consecuencias potencialmente relevantes. Queda por ver si la retirada

israelí de la franja de Gaza será el anuncio de unos pasos que lleven a una solución permanente.

En pocas palabras, el paso de 2005 a 2006 anuncia que se avecinan tiempos aún más difíciles. Lo que resulta más preocupante es la ausencia aparente del liderazgo global o nacional que exigen estos tiempos. En ausencia de ese liderazgo fuerte y decidido y con una legitimidad bien fundada, los esfuerzos por construir un nuevo orden han estado abocados al fracaso. De hecho, el historial de derechos humanos en Irak, sumado al abominable trato a los prisioneros en Guantánamo o en Bagram, vaciaron el discurso democrático de Washington de todo contenido moral. De maneras no previstas antes de la guerra pero en conjunción con los acontecimientos en Europa, la reivindicación de Occidente de que representa el modelo más perfecto de civilización para el resto del mundo ha perdido gran parte del vigor que le quedaba. En un momento en el que, económicamente, el desplazamiento de poder hacia Asia está muy avanzado, semejante pérdida puede tener consecuencias negativas para el mundo occidental. Aunque el mundo necesita desesperadamente de un actor capaz de reordenar su política, ese declive de prestigio es también un mal presagio en relación a la búsqueda de orden.

“Este año ha sido testigo del precipitado declive de la voluntad unilateralista estadounidense y de su capacidad de configurar los acontecimientos”

Crecimiento, petróleo y política

Los combustibles fósiles son considerados la principal causa de degradación medioambiental y

del efecto invernadero. Pese a las señales de alarma y los llamamientos al desarrollo de fuentes de energía alternativas, en el futuro previsible el crecimiento económico mundial se seguirá basando de manera abrumadora en el uso de combustibles fósiles. Debido, sobre todo, al ascenso de las dos economías asiáticas gigantes, la competición por el acceso seguro al petróleo y al gas natural se está intensificando. Por lo tanto, uno de los determinantes subyacentes del posicionamiento global de los principales estados es su necesidad de asegurarse el acceso a los muy necesarios petróleo y gas. Las negociaciones sobre abastecimiento energético que China e India emprendieron por separado con Irán explican en gran medida sus reticencias a secundar las políticas y amenazas estadounidenses contra el endurecido régimen de Teherán.

El crecimiento de la demanda por parte de los dos gigantes asiáticos, junto con el entorno caótico de Irak y la turbulencia esporádica en Nigeria, hicieron subir el precio del petróleo a un pico de 70 dólares el barril el año pasado. Pese a esa subida fenomenal que llevó el precio real del petróleo a los niveles de los años de crisis 1979-1981, el impacto en la economía mundial fue casi despreciable. La subida del precio del petróleo se

tradujo en un crecimiento de los ingresos de los países productores de petróleo y les proporcionó un cómodo margen para maniobrar políticamente, así como unas ganancias inesperadas. En su condición de uno de los mayores productores de petróleo del mundo, Rusia se benefició inmensamente de esas subidas. El presidente Putin pudo avanzar más en la consolidación del nuevo régimen en Rusia. Su tarea histórica de reinstaurar la autoridad estatal y limpiar el sistema económico de los parásitos (oligarcas) que la década de 1990 trajo a la escena de la sociedad y la política rusas está casi cumplida. Un orden interno más autoritario se ha consolidado, como muestra el arresto, encarcelamiento y condena del último oligarca desafiante, Mijaíl Jodorkovsky. El creciente autoritarismo en Rusia dio lugar a protestas de las opiniones públicas occidentales, que cuestionaron la adecuación de Putin en cuanto a sus credenciales democráticas como el anfitrión de la cumbre del G-8 en 2006. De manera paralela a esta consolidación, la política exterior rusa, tras unos contratiempos iniciales, se volvió más activa. Putin quedó amargamente decepcionado con el fracaso de su apuesta para que el candidato pro-moscovita Víctor Yanukovich resultara elegido en las elecciones presidenciales de finales de 2004 en Ucrania. Al final tuvo que doblegarse a las presiones occidentales y a la voluntad de la calle, en la denominada “Revolución Naranja”, y aceptar la elección de Víctor Yúshchenko en febrero. Durante todo el año Moscú intentó socavar al régimen ucraniano y también al georgiano. Hacia finales de 2005, Moscú declaró sus intenciones de elevar el precio del gas que vendía a Ucrania a niveles de mercado como golpe de gracia contra Yúshchenko, justo antes de las elecciones parlamentarias. Con este retomado activismo en el “extranjero cercano” Moscú asumió una posición de protector con respecto a Uzbekistán, donde el régimen masacró a manifestantes civiles. Por último, en tanto que principal proveedor de tecnología nuclear a Irán, Rusia fue también un jugador activo en el prolongado drama de las aspiraciones nucleares iraníes. Según todos los indicios, Moscú está bastante decidido a oponerse a los intentos occidentales, especialmente estadounidenses, de penalizar al régimen de Teherán si se lo deja fuera del gran juego diplomático en su propio vecindario. En su primera visita a Moscú, el presidente Bush hizo su famoso comentario de que podía ver el alma del Sr. Putin y que le gustaba lo que veía. Es bastante dudoso que desplegara la misma amabilidad hacia su huésped tras la cumbre del G-8 de este año.

La subida disparada de los precios del petróleo también fue útil para otros grandes productores. Alivió, desde luego, parte de las presiones que Estados Unidos ejercía sobre los países árabes. Al mismo tiempo, el dinero extra ayudó a los regímenes a diferir las consecuencias de sus problemas internos, y les permitió también comprar el apoyo de electores clave. Venezuela fue uno de los beneficiarios de la subida de los precios del petróleo. El aumento de los ingresos permitió al

presidente de Venezuela, Hugo Chávez, proseguir con sus políticas, internamente populares, tales como la atención médica gratuita para los pobres de las ciudades. Reforzando así su base de apoyo interna, Chávez dio pasos adelante para controlar tanto a los capitalistas internos como a los flujos de capitales que llegan al país. La política de mantener relaciones íntimas con Cuba y la postura desafiante hacia Estados Unidos hizo de Chávez una figura cada vez más atractiva para el resto de América Latina. Es indudable que el desplazamiento político hacia la izquierda ya había empezado en la región con el ascenso de Chávez a la presidencia y más tarde con la victoria de Lula en Brasil. La tendencia se volvió bastante visible tras las elecciones en Chile, donde la candidata socialista Michelle Bachelet venció en el primer turno y en Bolivia, donde por primera vez un candidato indígena, Evo Morales, ganó la carrera hacia el palacio presidencial.

Otro país al que la subida del precio del petróleo envalentonó fue Irán, el cuarto exportador de petróleo del mundo. El régimen de Teherán había sido hasta ahora el principal beneficiario, en términos estratégicos, de la fracasada actuación estadounidense en Irak. Tiene fuertes vínculos con los grupos chiíes de Irak, ha empezado progresivamente a hacer sentir su influencia en el Líbano, llenando el espacio político abandonado por los sirios que se marcharon y, a través de Hamas, a penetrar en la política palestina. Tras ocho años de fracasado experimento reformista con el presidente Mohammed Jatamí, el país se desplazó abruptamente hacia el radicalismo, una vez celebradas las elecciones presidenciales. Radical, hasta ahora incorrupto y poco sofisticado, el ex alcalde de Teherán, Mohamed Ahmedinejad, obtuvo una importante victoria sobre el ex presidente Hashemi Rafsanjani. Ahmedinejad es un exponente de la segunda generación de líderes de la revolución que aspiran a volver a la pureza de los primeros tiempos. Compitió como el candidato más débil en un terreno lleno de candidatos pero obtuvo el apoyo del líder espiritual, Alí Jamenei. A lo largo del año Irán prosiguió su juego del gato y el ratón con la Agencia Internacional de la Energía Atómica y con la troika de la UE (Reino Unido, Francia y Alemania) sobre el programa nuclear iraní. Tras el colapso de dos años de negociaciones infructíferas, Estados Unidos y las potencias europeas quisieron llevar inmediatamente el tema al Consejo de Seguridad de la ONU. Semejante paso no cuenta con el apoyo ni de Rusia, que aspira a hacerse con 20.000 millones de dólares en concepto de transacciones comerciales con su vecino, ni de China, que tiene contratos con Irán por valor de 100.000 millones de dólares para los próximos veinte años, ni de India, que firmó sus propios contratos para su propio gasoducto. La línea dura del presidente Ahmedinejad con respecto a Israel, su llamamiento al traslado a Europa y su absurda negación del Holocausto también habían hecho aumentar las tensiones entre Teherán y Occi-

dente. Los rumores de un posible ataque aéreo estadounidense contra las instalaciones nucleares iraníes se hicieron cada vez más frecuentes hacia fines de año, aunque también se reconoció la imposibilidad de poner fin a las ambiciones nucleares iraníes. Asimismo, se oyeron algunas voces a favor de una gran negociación entre Washington y Teherán que tranquilizara a Irán con respecto a sus preocupaciones en materia de seguridad y por la que se reconocieran sus legítimos intereses. A cambio, Irán dejaría de oponerse a los esfuerzos occidentales de construir un Oriente Medio estable y a llevar el conflicto israelo-palestino a una solución pacífica. A finales del año, las posibilidades de que se tomara un rumbo sensato a corto plazo eran prácticamente nulas.

La retirada de Israel de la franja de Gaza, con el desalojo y la destrucción total de los asentamientos habitados por alrededor de ocho mil colonos, fue uno de los acontecimientos del año más elogiados. Que la iniciativa hubiera sido tomada por Ariel Sharon, el duro primer ministro israelí, ángel guardián de los colonos y conocido hasta entonces por su férrea negativa a reconocer los derechos nacionales palestinos, resultó aún más sorprendente. Durante los últimos dos años, Sharon se fue desplazando paulatinamente de su línea negacionista, reconoció la ocupación de los territorios y el derecho de los palestinos a tener un Estado. Sin embargo, fue muy prudente a la hora de referirse a dónde se establecería la frontera entre los dos países. Para la cuidadosamente calibrada y exitosamente implementada evacuación, a la que se opusieron hasta el final los colonos religiosos/nacionalistas, pero en la que no se hizo uso de la violencia, Sharon logró obtener el abrumador apoyo de la opinión pública israelí. El unilateralismo de Sharon, basado en el argumento de que no había ningún socio con quien negociar, generó preocupación sobre su posible siguiente paso. La adecuación del método empleado y el impacto de las iniciativas de Sharon en la situación de los palestinos y, desde luego, en la posibilidad de una solución final para el conflicto, fueron cuestionables. De hecho, se podría argumentar que la política de Sharon de no comprometer al presidente palestino Mahmud Abbas, elegido con una victoria aplastante para encabezar la autoridad palestina a comienzos de año, fue una de las razones de la erosión de la autoridad de este último. El unilateralismo israelí contribuyó significativamente al debilitamiento de la posición de Abbas en un momento de competencia electoral local y luego nacional en los territorios ocupados. En cierto sentido Abbas fue un personaje trágico. Tan pronto como accedió al poder con una plataforma para frenar la violencia, trabajó esforzadamente para llegar a un acuerdo de alto el fuego y dar a la desgastada población palestina un respiro en relación a las repre-

“En respuesta a presiones libanesas e internacionales, los sirios acabaron por retirar sus fuerzas del Líbano tras 29 años de ocupación”

salias israelíes. La erosión gradual de la autoridad en los territorios palestinos condujo a un quebrantamiento de la ley y el orden y a una proliferación de bandas, así como a la resurrección de redes tribales. Durante el año, la organización islamista Hamas, que respetó el alto el fuego, aumentó su poder. Aun así, el movimiento Al-Fatah obtuvo buenos resultados en las elecciones locales que transcurrieron a finales de año. Se desarrolló una lucha por el poder entre la vieja guardia de Al-Fatah y la generación más joven de líderes que alcanzaron prominencia durante la primera intifada. En combinación con el creciente descontento de los palestinos, causado por la corrupción rampante de la Autoridad Palestina, esta división y confrontación política intra-partidaria debilitó a la organización en vísperas de las elecciones parlamentarias previstas para enero de 2006. Poco después de concluir la retirada de Gaza, Ariel Sharon fue desafiado dentro del ala derecha de su partido. Decidió entonces convocar elecciones anticipadas y abandonó el Likud, del que era fundador, para fundar un nuevo partido llamado Kadima como su maquinaria electoral.

En otros lugares de Oriente Medio también este fue un año electoral. Tuvieron lugar elecciones presidenciales en Azerbaidzhán, elecciones parlamentarias y regionales en Afganistán y elecciones locales en Arabia

Saudí. En Kuwait las mujeres obtuvieron por fin el derecho a participar en las elecciones como votantes y como candidatas. En Argelia, donde una década y media de guerra civil acabó con

cerca de 150.000 vidas, se aprobó por referéndum una amnistía general. En el mayor de los países árabes, Egipto, se celebraron elecciones presidenciales y luego parlamentarias. Los estándares de elecciones justas y libres estuvieron ausentes en ambas. Sin embargo, pese a los obstáculos, ofuscaciones y una significativa dosis de violencia para intimidar a los votantes, los candidatos independientes leales a los Hermanos Musulmanes ganaron 88 escaños en la Asamblea a resultas de unas elecciones en las que sólo una cuarta parte de los votantes se molestó en votar. La victoria de los partidos islamistas en Egipto y luego en Irak planteó interrogantes en Estados Unidos sobre la conveniencia de la democratización de regímenes árabes amigos, en un proceso que, previsiblemente, llevaría al poder sobre todo a los islamistas antioccidentales. Aunque la secretaria de Estado estadounidense, Condoleezza Rice, hizo una publicitada declaración en Egipto en mayo diciendo que, al preferir la estabilidad a la libertad, Estados Unidos acababa no teniendo ninguna de ambas, hubo algunos indicios de que se iban a aflojar las presiones para la democratización.

En Líbano se desarrolló una serie de acontecimientos muy relevantes tras el brutal asesinato del primer

ministro Rafik Hariri, un prominente político suní con estrechos vínculos con la familia gobernante saudí y con el palacio presidencial en Francia. Una profusión de protestas espontáneas y genuinas conmovió al país tras el asesinato y llevaron a la caída del Gobierno. La demostración de fuerza del Hezbollah libanés a favor de los sirios se contrapuso a una demostración aún más ostentosa exigiendo la retirada de los sirios del Líbano. En mayo, en respuesta a presiones libanesas e internacionales codificadas en la resolución 1.559 de la ONU, los sirios acabaron por retirar sus fuerzas del Líbano tras 29 años de ocupación. El régimen de Damasco se vería luego seriamente implicado en el asesinato de Hariri, según los informes elaborados por la comisión de Naciones Unidas, encabezada por el fiscal alemán Detlev Mehlis. El bloque libanés que se opuso a Siria obtuvo la mayoría en las elecciones de mayo y éstas, a su vez, dieron un número importante de escaños a Hezbollah, que se unió también al nuevo Gobierno. Sin embargo, cabe afirmar que la intervención siria en los asuntos libaneses no acabó ahí. Los espectaculares asesinatos de los conocidos periodistas antisirios Samir Kasir y Gibran Tuani fueron indicadores de que en la práctica la situación se mantenía inalterable. Mehlis elaboró dos informes antes de abandonar su puesto que incriminaban a los escalones más altos del régimen sirio en el asesinato de Hariri, mediante una compleja trama que involucraba a funcionarios de seguridad libaneses, los cuales fueron procesados. Poco después, el mandato de la comisión de investigación fue ampliado en seis meses, luego de que el ex vicepresidente de Siria, Abdelhalim Haddam, acusara al régimen de su país de haber ordenado el asesinato. Aunque asediado por la cooperación franco-estadounidense sobre esta cuestión y frente a la subversión kurda interna, Damasco consiguió suavizar las presiones e intentó congraciarse con los estadounidenses aumentando su cooperación en materia de infiltración terrorista en Irak proveniente de Siria.

El enterrador del Imperio

De manera poco sorprendente, a lo largo del año el mundo se mantuvo sintonizado a las noticias provenientes de Irak. Pese a unos alentadores avances políticos, como las dos elecciones a principios y a fines del año y el referéndum sobre la Constitución, la situación global sobre el terreno siguió deteriorándose. Esto llevó al país al borde de una guerra civil sectaria y a un colapso que podría suponer el desastre para la región en general. Un rayo de esperanza en relación del país fue quizás el comienzo del juicio a Saddam Hussein en un tribunal, un privilegio que sus oponentes o los disidentes nunca disfrutaron. El año empezó con las elecciones parlamentarias, inesperadamente tranquilas y exitosas, boicoteadas por los grupos suníes, una situación que acabarían lamentando y de la que darían marcha atrás

hacia fines del año. Contrariamente a las expectativas de la Administración estadounidense, las votaciones, que reflejaron estrictamente las divisiones étnicas, dieron protagonismo a los partidos islamistas chiíes. Mientras que tanto las regiones suníes como las chiíes pasaban a estar bajo dominio religioso, el líder kurdo Jelal Talabani era elegido presidente. Esto simbolizó el compromiso kurdo, quizás táctico, con la unidad del país.

Durante el año la violencia sufrió una escalada que abarcó a comunidades enteras y que dejó de ser una resistencia contra la ocupación estadounidense y británica para convertirse en una guerra civil. Los grupos suníes, resentidos por el hecho de que el poder absoluto del que disfrutaban se les escapaba, recurrieron a actos extremos de terror con formatos o bien baasistas, o bien fundamentalistas. Otro factor en la extensión de la violencia fueron los *yihadistas*, islamistas radicales transnacionales provenientes sobre todo del extranjero y liderados por Abu Musab al-Zarkawi, un notorio asesino y líder de “Al Qaeda en Mesopotamia”. Las milicias pertenecientes a los chiíes, el grupo mayoritario, especialmente las del pro-iraní SCIRI (siglas inglesas del Congreso Supremo para la Revolución Islámica en Irak), respondieron mediante la fuerza a las atrocidades suníes contra los suyos. Las milicias chiíes estuvieron cada vez más integradas a la fuerza de policía y a las unidades especiales del Ministerio del Interior, actuando más como escuadrones de la muerte oficialmente autorizados que como fuerzas de seguridad imparciales encargadas de hacer cumplir la ley. Todo esto exacerbó las tendencias hacia la polarización y la política quedó reducida a una política de identidades primarias. El mundo hobbesiano de inseguridad absoluta que los estadounidenses, con su ineptitud, ayudaron a crear, ha empujado a los individuos a buscar las certidumbres de las identidades comunitarias. La existencia intercomunitaria siguió menguando, ya que ni siquiera los matrimonios mixtos consiguieron protegerse contra el veneno de la polarización sectaria que los extremistas se esforzaron por impulsar. En el norte del país, donde los kurdos han estado construyendo su propio orden político desde el fin de la Guerra Fría y que siguió siendo militantemente tribal y secular, reinaron la paz y el orden. Quedó perfectamente claro que, si los problemas alcanzaban un punto de ruptura en Irak, los kurdos estarían preparados para retirarse a su enclave y actuar como una entidad independiente en todo excepto en el nombre.

Pese a la violencia, los irakíes consiguieron celebrar un referéndum y unas elecciones generales para elegir un nuevo Parlamento. El embajador estadounidense, Zalmay Jalilzad, desempeñó un papel clave para persuadir a los grupos suníes de que participaran, poniendo así de manifiesto que Estados Unidos no estaba cambiando de rumbo con respecto a sus políticas anteriores, abocadas a excluir a los suníes de la estructura de poder. De hecho, representantes de todos los principales grupos suníes se reunieron con Jalilzad en

Estambul unos pocos días antes de las elecciones para llegar a un acuerdo final. La elevada participación demostró que los suníes estaban preparados para participar en el juego electoral en paralelo al juego de la violencia. El Parlamento tendría la potestad de enmendar también el proyecto de Constitución, y por tanto la de redistribuir el poder y los ingresos entre las principales comunidades que constituyen Irak. Los resultados mostraron una vez más el poder abrumador de los partidos religiosos, tanto entre los suníes como entre los chiíes. Mientras que el poder del clérigo radical Muqtada al-Sadr dentro de la lista nacional chií y también sobre el terreno aumentó considerablemente, los políticos laicos apoyados por Washington obtuvieron unos resultados más bien malos. Las expectativas para el nuevo año consistían en la formación de un nuevo Gobierno que incluiría a los suníes y que reformaría la Constitución. Si no se alcanza un acuerdo sobre la distribución adecuada de poder político en los próximos seis a nueve meses, la mayor parte de los observadores temen una guerra civil cada vez más extensa que sólo podría ser contenida mientras las tropas estadounidenses se mantengan en su lugar. Sobre ese tema en concreto, la mayoría espera que Estados Unidos empezará a retirar parte de sus tropas antes de finales de 2006, dado que la presión en el Congreso y entre la opinión pública para que lo haga está aumentando rápidamente.

Un año desastroso para el presidente

El día de la inauguración de su segundo mandato, la idea de que su presidencia pudiera estar colapsándose antes de que terminara el año debió haber sido la última cosa que le pasó por la cabeza a George W. Bush. Impulsado por una victoria clara y cómoda en las elecciones contra su rival demócrata, el presidente Bush creyó que tenía un mandato para hacer prácticamente todo lo que quisiera. Entre la inauguración del segundo mandato y el fin de año, sin embargo, los porcentajes de aprobación de Bush cayeron en picado, y su capacidad de controlar a su propio partido, por no hablar de la agenda nacional, estaba en un serio peligro.

En casi todos los aspectos, excepto el económico, el historial del presidente fue definido por el fracaso. La resistente economía estadounidense siguió sorprendiendo a todos los observadores y tuvo un desempeño relativamente bueno, actuando EEUU como comprador de última instancia para todo el mundo pero financiado por la friolera de alrededor de 700.000 millones de dólares por extranjeros, principalmente China y otros países asiáticos. La cuestión de si el déficit comercial, junto con su gemelo, el déficit presupuestario, es un síntoma del declive económico de Estados Unidos o el mecanismo para la reestructura-

ción de la economía mundial globalizada sigue siendo un tema de intenso debate entre los economistas. El gran impulso de Bush para revisar el sistema de seguridad social se enfrentó a una dura resistencia por parte de la opinión pública y el Congreso. Hacia mediados de año la iniciativa fue discretamente retirada. Una desastrosa ley de Medicare sobre medicamentos recetados que fue promulgada en 2003 entró en vigor y provocó un malestar considerable a muchos de sus destinatarios, lo que fue socavando gradualmente la popularidad del presidente. Quizás hayan sido más importantes los duros ataques de los que fue objeto la Administración por a su indolencia respecto a la dimensión moral de la política exterior estadounidense y la interpretación sesgada -y probablemente inconstitucional- de las prerrogativas del presidente en la “guerra contra el terror”. Ni siquiera el Congreso dominado por los republicanos pudo seguir tolerando la actitud de Bush, más bien despreciativa, con respecto a los informes de tortura en Irak, las justificaciones de la tortura como método para obtener información y la falta de respeto al derecho internacional en el trato a los prisioneros en las bases de Guantánamo (Cuba) y de Bagram (Afganistán). En este contexto, las revelaciones sobre un sistema controlado por la CIA de prisiones secretas para los sospechosos de Al Qaeda en ocho

países de Europa Oriental y de Asia cayeron como una bomba en la relación transatlántica. La existencia de vuelos secretos de la CIA a Europa aumentó la incomodidad en Europa y la

poco convincente respuesta de la secretaria Rice en el transcurso de este debate consistió en que Estados Unidos respetaba la soberanía de los demás países y que no practicaba la tortura. Huelga decir que fue una respuesta menos que satisfactoria para la opinión pública europea. Sin embargo, la segunda Administración Bush, bajo la dirección de Rice en el Departamento de Estado (que finalmente asumió la responsabilidad exclusiva por la política de Irak, hasta entonces detentada por el Pentágono), hizo un esfuerzo significativo por mejorar las relaciones con Europa.

Puede que ni la catástrofe de la guerra de Irak ni los escándalos de la tortura ni la debacle de la seguridad social habrían dañado tanto políticamente al Presidente si no hubiera sido por el huracán *Katrina*. El *Katrina* golpeó a la región del Golfo de Estados Unidos y estuvo a punto de destruir a la ciudad de Nueva Orleans. También puso en evidencia la indiferencia de Bush y el amiguismo de su Administración. Más de mil personas murieron entre escenas de saqueo, pobreza y falta de ayuda más propias de un pobre pueblo atrasado africano que del país más poderoso y rico del mundo. La abrumadora proporción de negros entre las víctimas y los postergados, el total fra-

“El deterioro en Irak llevó al país al borde de una guerra civil sectaria y a un colapso que podría suponer el desastre para la región en general”

caso de los intentos de rescate, las condiciones en las que se hizo esperar o dormir a las víctimas fueron terribles y profundamente embarazosas para la opinión pública en general. La Administración Federal para la Gestión de Emergencias gestionó la crisis con una falta de competencia absoluta. La propia actuación de Bush en una situación de urgencia nacional, desabrida y bordeando el cinismo, probablemente le haya costado la confianza de la opinión pública para el resto de su mandato. El año fue también testigo de la primera protesta generalizada contra la guerra desde sus comienzos, cuando cien mil personas se manifestaron en Washington. El escándalo sobre la filtración del nombre de una agente de la CIA sacudió a la Administración y llevó a la renuncia de funcionarios de alto nivel. La salida a la luz de la agente Valerie Plame también socavó la credibilidad de Bob Woodward, del *Washington Post*, que ocultó lo que sabía del caso, y de Judith Miller, del *New York Times*, aunque esta última incluso pasó un tiempo en la cárcel por no revelar el nombre de su fuente. Finalmente, en un desenlace sorpresa que cerró por fin un capítulo de la historia política estadounidense, fue desvelada la identidad de Garganta Profunda, cuyas filtraciones a Woodward y a su colega Bernstein abrieron el camino a la renuncia del presidente Richard Nixon in 1974. Era Mark Felt, en esa época el número dos del FBI. Como para simbolizar la falta de sensatez de la política exterior estadounidense de los últimos años, uno de los primeros hombres sabios del grupo que ideó el sistema de la Guerra Fría estadounidense y el arquitecto de la teoría de la contención que apuntaló a las políticas estadounidenses durante la Guerra Fría, George Kennan, murió a los 101 años de edad.

Tigres y otros

El lento pero seguro ascenso de Asia a la prominencia en los asuntos mundiales prosiguió, mientras también empezó a tomar forma un nuevo orden político asiático. Las enemistades y las rivalidades históricas, así como los conflictos sin resolver, siguieron desempeñando su papel en el devenir político, pero el acento se puso en el historial económico de los vibrantes países del continente mayor y más poblado. Mientras que China se convirtió en el principal socio comercial de Japón, los importantes problemas políticos entre los dos rivales históricos salieron ocasionalmente a la luz. Una cuestión que constantemente eleva las tensiones es la de los libros de texto nipones que encubren las atrocidades de guerra japonesas. Por lo tanto, los chinos se opusieron a las esperanzas japonesas de convertirse en un socio permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Otra cuestión relevante fue la decisión japonesa de emitir derechos de perforación en el mar de China Oriental, lo que Beijing consideró como una provocación. Mientras que estas controversias y

enfrentamientos potenciales maduraban, los esfuerzos chinos por frenar la democracia dentro de sus fronteras se extendieron también al ciberespacio. Microsoft aceptó bloquear las palabras “democracia” y “libertad” en su nuevo portal de Internet en China, con la vergonzosa excusa de que se limitaba a respetar las leyes locales.

En términos generales, los principales actores asiáticos empezaron a posicionarse y a hacer sus apuestas estratégicas para prepararse para la nueva configuración de poder en el continente, en la que también se espera que Estados Unidos desempeñe un papel importante. Puede que el ejemplo más llamativo de esta búsqueda sea el de las cálidas relaciones entre Rusia y China, que están usando a la Organización de Cooperación de Shangai para construir un sistema de seguridad colectivo asiático. El que esta cooperación pueda mantenerse a largo plazo sigue siendo dudoso, pero se trata de un esfuerzo que merece atención.

China, que este año lanzó su segundo cohete espacial tripulado con dos astronautas, desempeñó un papel crucial y en gran medida constructivo en la actual controversia sobre el armamento nuclear de Corea del Norte. Las tensiones entre China y Taiwán que salieron ocasionalmente a la luz, especialmente después de que Beijing aprobara una ley antisecesión, no impidieron tampoco la mayor profundización de las relaciones económicas o la visita del líder del Kuomintang al continente, la primera visita de esa índole desde que el Kuomintang fuera obligado a huir de China en 1949. Una primera visita similar tuvo lugar en junio, cuando 30 años después de la caída de Saigón y de la ignominiosa retirada de los estadounidenses, el primer ministro vietnamita visitó Washington. El papel cada vez más importante de China permitió a Beijing realizar aperturas diplomáticas en muchos frentes, incluyendo los primeros ejercicios militares conjuntos jamás realizados con Rusia para entrenarse en el combate contra el “terrorismo internacional, al extremismo y al separatismo”. India, cuyo desempeño económico fue excepcionalmente bueno en los últimos años, empezó a desplazar su orientación en política exterior hacia Occidente. La visita del primer ministro Manmohan Singh a Estados Unidos acabó con una petición a Washington de que venda energía nuclear a Nueva Delhi, un paso que casi todos interpretaron como un intento de equilibrarse con China. Aunque no se dieron más pasos para la resolución de la disputa de Cachemira entre India y Pakistán, Singh se convirtió en el primer jefe de Gobierno en reunirse con un grupo de separatistas de Cachemira. Por su parte la Unión Europea firmó un acuerdo de cooperación con India de comercio, seguridad, cambio climático e investigación y desarrollo.

En Sudán un genocidio que se cobró casi cuatro mil vidas humanas en la región de Darfur prosiguió bajo la mirada, generalmente pasiva, de la comunidad internacional. El foro G-8 de las principales democracias industrializadas (que incluye a la no tan democrática

ca Rusia) firmó un acuerdo para cancelar la deuda de 18 países en desarrollo en su cumbre de Gleneagles, en Escocia. Días antes de la cumbre del G-8, millones de personas se reunieron en distintas partes del mundo para asistir a los conciertos de “Live 8” organizados por Bob Geldoff y sus amigos para ejercer presión sobre los líderes mundiales para que actúen sobre la pobreza mundial, sobre todo en África. Una gran conferencia de las Naciones Unidas se organizó en Nueva York para examinar los progresos realizados para alcanzar las metas de la Agenda de Desarrollo del Milenio. En diciembre, los negociadores comerciales reunidos en Hong Kong tuvieron su confrontación casi ritual sobre el tema de cómo los subsidios agrícolas de los países ricos dañan a los granjeros y campesinos en el mundo pobre en desarrollo.

Mientras tanto, en Europa

La Unión Europea, cuyas relaciones con Estados Unidos mejoraron visiblemente desde el inicio de la segunda Administración Bush, se enfrentó a unos desafíos y choques inesperados pero existenciales. El rechazo del proyecto de Constitución por los votantes en Francia y en los Países Bajos, dos miembros fundadores, después de que los españoles hubieran dado un resonante sí, suscitó serias preocupaciones sobre el futuro de la Unión. El resultado representó el final de las aspiraciones de tener un modelo de gobierno más cohesivo y una política exterior común para la Unión. La UE se mostró incapaz de superar su malestar económico. Lejos de alcanzar su objetivo de convertirse en la economía tecnológicamente más avanzada del mundo a fines de la década, tal como estipulaba la estrategia de Lisboa, la zona UE quedó definida sobre todo por el estancamiento de las economías y el elevado desempleo.

Ambos rechazos aliviaron al Gobierno de Tony Blair, sacándolo del apuro, y revelaron la profunda crisis de legitimidad de la UE. La coalición que mató a la Constitución en Francia incluyó a casi todos los segmentos de la población que formaron un frente de rechazo antimercado. Quizás el dato más sorprendente de la distribución demográfica del voto fue el desencanto de la juventud. Tanto en Francia como en Holanda los partidarios del no usaron un lenguaje antiinmigración que claramente bordeó el racismo. En el caso francés el proverbial “fontanero polaco” se convirtió en el símbolo de la creciente xenofobia que existe incluso hacia los ciudadanos de otro país miembro. De hecho, una vez que la polvareda quedó asentada y que en Francia tuvo lugar la obligatoria decapitación del primer ministro, la mayor parte de los observadores

estuvieron de acuerdo en que el voto contra la Constitución fue, en buena medida, una reacción retardada contra la ampliación de la Unión, que pasó a tener diez nuevos miembros en mayo de 2004. En un entorno de elevado desempleo, incertidumbre económica y de interrupción de los ritmos de vida habituales de la gente común, el proyecto de los eurócratas de tener una unión cada vez mayor y más estrecha perdió su atractivo. Se asumió, en general, la idea de que otro intento de presentar la Constitución a votación habrá de esperar a las elecciones presidenciales francesas. Pisando los talones de la debacle sobre la Constitución, surgió la crisis presupuestaria cuando la Francia de Jacques Chirac y el Reino Unido de Tony Blair se enfrentaron sobre las vacas sagradas de sus respectivos países. Chirac no permitía a Blair tocar la política agraria común y Blair no cedía en la cuestión del preciado *cheque británico*. Finalmente, la recientemente proclamada cancillera de Alemania Angela Merkel logró un compromiso sensato, negociando un acuerdo y acabando con un embarazoso episodio que podría haber profundizado la crisis existencial de la UE.

Tan sólo una semana después de iniciarse el semestre presidencial de su país en la UE y durante la cumbre del G-8, Tony Blair debió hacer frente a los terribles atentados terroristas de Londres. Cuatro ciudadanos

británicos, nacidos en ese país, se hicieron explotar en estaciones de metro y autobuses y mataron a cerca de sesenta personas. Otro intento semejante fracasó dos semanas después. Muchos observadores

y analistas vieron en esos incidentes, perpetrados por musulmanes británicos de nacimiento, el resultado del fracaso del modelo de integración multiculturalista británico. También se descubrieron indicios de la existencia de un vínculo directo entre la participación británica en la guerra de Irak y la radicalización de la juventud en algunas de las comunidades musulmanes británicas.

Antes de que se secara la tinta de las interpretaciones de los acontecimientos del Reino Unido, Francia, que tiene una política estrictamente asimilacionista para sus propios ciudadanos inmigrantes, fue sacudida por una semana de protestas. Las protestas, que empezaron en los suburbios de París, se extendieron por todo el país. Aunque sólo se informó de una víctima, cientos de coches fueron incendiados. Si bien los alborotadores provenían principalmente, si no exclusivamente, de las comunidades musulmanas, las causas de su rabia y de sus exigencias eran completamente laicas y reflejaban una protesta o una revuelta contra la exclusión social y la discriminación. El hecho que el Gobierno francés, cuyo ministro del Interior usó un lenguaje casi racista con respecto a los alborotadores, hiciera resurgir una ley de los tiempos de la guerra de Argelia para reprimir la violencia también fue muy elocuente sobre

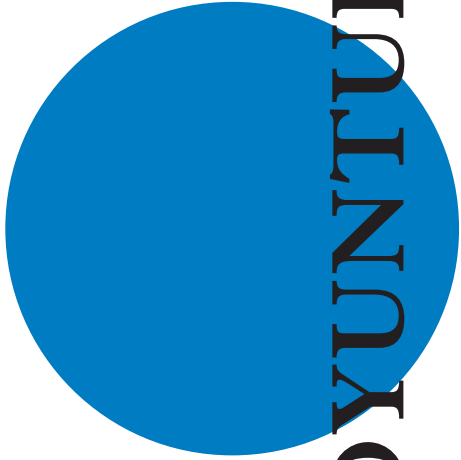
“A corto plazo, los tiempos para Europa se presentan duros y llenos de sorpresas desagradables”

el verdadero estado de la cuestión en la tierra de la *égalité* y la *fraternité*. En Alemania, las elecciones anticipadas convocadas por el canciller Gerhard Schroeder dieron lugar a una gran coalición entre los demócratas y los socialdemócratas bajo el liderazgo de Angela Merkel. Las primeras visitas de la canciller Merkel a Estados Unidos, Francia y Rusia y la manera diestra en que trató a sus interlocutores la hicieron objeto de elogios y de respeto. La cuestión de si conseguirá sacar a la principal economía de Europa de la atrofia en que se encuentra determinará su permanencia como canciller.

Las crisis económicas y políticas de la UE dieron lugar a importantes trastornos y un malestar social en la mayoría de los estados miembros. Una manifestación de ello que está dañando a la propia esencia de la Unión es el número cada vez mayor de ejemplos de nacionalismo económico, tales como el bloqueo por parte de Francia de la venta de Danone a PepsiCo, una firma estadounidense multinacional. En combinación con las dificultades de integración de las comunidades musulmanas y los incidentes de terrorismo islamista en los países miembros, ese malestar hizo resurgir los viejos demonios de la intolerancia y el racismo en el continente, que en los tiempos actuales asumen la forma de islamofobia. La publicación de caricaturas en un periódico danés representando al profeta Mahoma de maneras ofensivas para los musulmanes creó una pequeña disputa diplomática, especialmente después de que el primer ministro danés Rasmussen, dependiente de los votos de los ultranacionalistas en el Parlamento, rechazara reunirse con los embajadores de los países musulmanes. Esos acontecimientos tuvieron el potencial de dañar también las relaciones entre la UE y Turquía. Durante un tiempo, el inicio de las negociaciones entre las partes, previsto para el 3 de octubre, se puso en duda. Finalmente, con la ayuda de las considerables habilidades diplomáticas británicas, la UE honró su promesa de iniciar las negociaciones de adhesión con Turquía, aunque la decisión se tomó al precio de ceder al chantaje austríaco y empezar también las negociaciones con Croacia.

A corto plazo, los tiempos para Europa se presentan duros y llenos de sorpresas desagradables. La UE necesitará pasar revista a sus recursos, salir de su letargo político y forjar una visión que resulte aceptable a los países miembros y, lo que es más importante, a sus opiniones públicas. No es una tarea menor. A un nivel más amplio, resulta bastante claro que a medida que las economías del Pacífico están ascendiendo, la hegemonía occidental sobre el globo que se mantuvo durante los últimos siglos está también camino de desvanecerse. Aun así, Occidente tiene otra oportunidad de construir un orden mundial porque está en posición de hacerlo y sigue teniendo la capacidad necesaria. A las nuevas potencias asiáticas en ascenso, a las que les llegará el turno, con toda probabilidad, antes del fin del siglo, les sigue faltando la madurez necesaria para asumir esa responsabilidad.

Por otro lado, no cabe duda de que el legado de la guerra de Irak y su ejecución incomprensiblemente incompetente -y en momentos vil- dañó considerablemente a Occidente y a los valores que dice defender. Por consiguiente, la futura configuración del orden mundial no podrá ser la obra en solitario de Occidente y su arquitectura exigirá la cooperación consensuada de otros centros de poder. Para ese fin, el comportamiento y el punto de vista de las potencias occidentales también deberán cambiar mucho. La laxa actitud de Bush frente a la tortura y la extralegalidad, sus propios reflejos (y los de su vicepresidente) extraconstitucionales y por momentos casi despóticos, traicionaron el objetivo de democratización con el que se tenía la intención de justificar la guerra de Irak y las políticas de Bush en Oriente Medio. La falta de solución al conflicto palestino-israelí, aunque no sea la única causa de todos los problemas, socava aún más la legitimidad de las políticas estadounidenses y sus objetivos más amplios. En lo que respecta a Europa, el continente vivirá tiempos difíciles luchando con sus demonios, a menos que la UE logre revitalizar su esclerótica economía y llegue a un consenso sobre su propia visión de futuro. Lo que está en juego es algo más que su nivel de vida.



COYUNTURA INTERNACIONAL